

“NO PUEDE OCULTARSE UNA CIUDAD ASENTADA SOBRE UN MONTE”

UNA VIDA CONTEMPLATIVA

DADO EN SANTA SABINA, EN LA FIESTA DE SANTA CATALINA DE SIENA,
2001.

FR. TIMOTHY RADCLIFFE, O.P.

Esta carta se dirige en primer lugar a vosotras, monjas, porque trata de vuestra vida. Quiero dar gracias a Dios por vuestra presencia en el centro de la Orden. Con frecuencia durante las agitadas visitas canónicas, los momentos pasados en los monasterios han sido momentos de alegría, de risas y de refrigerio. Yo no soy monja, por tanto ¿qué tengo que decir sobre vuestra vida? También yo, como vosotras, soy dominico llamado a la contemplación. Habéis compartido abiertamente conmigo vuestras esperanzas para la renovación de la vida contemplativa en el corazón de la Orden, y los retos que afrontáis. Por eso, en esta carta deseo compartir con todas las monjas el fruto de nuestras conversaciones. Perdonadme, si alguna vez da la impresión de no haber entendido vuestra vocación. La Orden sólo florecerá si nos atrevemos a decir lo que está en nuestros corazones, confiados en ese perdón.

También quiero compartirla con toda la Familia Dominicana. Antes de morir, Santo Domingo “encomendó las monjas, como parte que eran de la misma Orden, a la solicitud fraterna de sus frailes” (LMC 1 § I). La primera comunidad dominicana que fundó fue la de las monjas de Prulla, y una de sus últimas preocupaciones fue la construcción del monasterio de Bolonia: “Es absolutamente necesario, hermanos, que se edifique una casa de monjas, aunque esto signifique dejar por un tiempo el trabajo en nuestra propia casa” . Es decir, los monasterios están confiados a todos nosotros. Y nosotros estamos encomendados a la oración y cuidado de las monjas. Esta reciprocidad pertenece al corazón de la Orden. Por lo tanto, aunque me dirija directamente a las monjas, espero que todos los dominicos la leerán a escondidas.

1. Una vida contemplativa

Los monasterios no son la rama contemplativa de la Orden. No podemos dejar la contemplación para las monjas. Todos nosotros estamos

llamados a ser contemplativos, y la renovación de la vida contemplativa es uno de los desafíos más grandes a los que se enfrenta la Orden. Estoy dudando en dar una definición de “contemplación”, pero ¡seamos audaces! Por contemplación entiendo nuestra búsqueda de Dios, que lleva a nuestro encuentro con el Dios que viene a nuestro encuentro. Buscamos a Dios en el silencio y en la oración, en el estudio y en el debate, en la soledad y en el amor. Con todas las facultades del corazón y de la mente, buscamos las huellas de Dios. Pero Dios nos encuentra cuando menos lo esperamos. María Magdalena, la primera Patrona de la Orden, es una verdadera contemplativa, tanto cuando busca el cuerpo de Jesús como cuando se sorprende al oír su nombre pronunciado por el Señor Resucitado. Nuestra oración brota de este deseo profundo. Como dijo Catalina, “El deseo mismo es ya oración”.

Fr. Vicente de Couesnongle habló de “la contemplación de la calle” . La Palabra se ha hecho carne y habita entre nosotros, en los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas” (Mt 25), en nuestras familias, en los lugares de trabajo, en nuestros amigos y en nuestros enemigos, en las horas de gozo y de desolación. La Palabra está ahí, sólo basta que abramos los ojos para verla. Eric Borgman, un laico dominico holandés, escribió: “Los dominicos están convencidos de que el mundo en que vivimos, turbulento e inquieto, a veces violento y aterrador, es al mismo tiempo el lugar donde lo sagrado sale a la luz, el lugar donde encontramos y escuchamos – ‘contemplamos’- a Dios” . De ahí que todo dominico está llamado a la contemplación, ya sean laicos, religiosas, frailes o monjas. Nuestra más grande contemplativa, Santa Catalina de Siena, fue una laica.

Predicar es un acto contemplativo. Don Georgen escribió: “En la predicación el buscador y lo buscado se juntan, lo perdido y lo encontrado. Dios nos encuentra en medio de nuestras mismas palabras que intentan hacerle evidente. Dios nunca nos abandona” . Predicar no es simplemente abrir la boca y hablar. Comienza con la escucha silenciosa del evangelio, la lucha por comprender, la oración para la iluminación, y concluye con las reacciones de los oyentes. Cuando yo era fraile joven, recuerdo la visita de un obispo, del que se esperaba que predicase, que dijo a uno de los frailes un minuto antes de la Misa: “Si eres buen dominico, deberías ser capaz de predicar ahora mismo sin preparación”. El fraile respondió: “Precisamente porque soy dominico, no creo que predicar sea simplemente decir lo primero que me venga a la cabeza”.

Si todos los dominicos están llamados a ser contemplativos, ¿cuál es entonces lo específico de vuestra vida? Vuestra vida está enteramente configurada por la búsqueda de Dios. La vocación de la monja “es un llamada para todo el pueblo cristiano a la fundamental vocación de cada

uno al encuentro con Dios” (Verbi Sponsa 4). Como escribió Fr. Marie-Dominique Chenu, “la vida mística no es fundamentalmente distinta de la vida cristiana” . Vosotras no escapáis de los dramas y las crisis de la vida humana ordinaria. Los vivís más lisa e intensamente, conociendo el gozo y desesperanza de toda vida humana, sin la protección de muchas de las cosas que dan sentido a la mayoría de las vidas humanas: el matrimonio, los hijos, una carrera. El monasterio es el lugar donde no hay ningún sitio para esconderse del interrogante fundamental de cualquier vida humana. Una monja escribió: “Yo entré en el monasterio no para huir del mundo, ni para olvidar o ignorar su existencia, sino para estar presente en él de un modo más profundo, para vivir en el corazón del mundo, de una forma escondida, pero creo que más real. Llegué aquí no buscando una vida tranquila o seguridad, sino para compartir, para embarcarme con el sufrimiento, el dolor, las esperanzas de toda la humanidad” .

Vuestras vidas tienen sentido sólo si la búsqueda de Dios conduce al encuentro en el huerto y a la escucha del propio nombre. Vuestra vida no tienen ningún objetivo intermedio que conseguir a lo largo de los días y los años. El monasterio es como la cola en la parada del autobús, un signo de esperanza de que vendrá el autobús. Esta es la verdad de todos los que viven la vida monástica de clausura. En una conferencia al Congreso de Abades Benedictinos , sostenía que Dios a menudo se nos muestra en la ausencia, en el hueco: el espacio vacío entre las alas del querubín en el Templo, y en última instancia en la tumba vacía en el huerto. La vida de una monja y de un monje está santificada por el vacío. Vuestras vidas están vacías de finalidad, fuera de estar ahí por Dios. No hacéis nada especialmente útil. Pero este vacío es un espacio sagrado en el que Dios pone su tienda y donde nosotros vislumbramos su gloria.

Y lo hacéis como monjas de la Orden de Predicadores. La Iglesia hace un llamamiento a las contemplativas de familias religiosas diferentes a que vivan de la riqueza de su propia tradición y carisma – benedictino, carmelita, franciscano o dominicano – que “constituyen una espléndida colección de variedad” . ¿Qué significa que un monasterio sea dominicano? Compartiré lo que he aprendido de vosotras, considerando cómo vuestras vidas están marcadas por la Misión de la Orden, por la vida comunitaria dominicana, por la búsqueda de la Verdad, y por la pertenencia a la Orden entera. Hay muchos otros aspectos de vuestra vida que no voy a tocar, sólo éstos que son centrales para vuestra identidad dominicana.

2. Misión

¿Qué significa ser monja en una Orden misionera? ¿Cómo es posible ser contemplativa de clausura y misionera?

Ser enviada

Ser misionera es literalmente ser enviada. Los frailes y las religiosas pueden ser enviados en misión a los confines de la tierra, como Jesús mandó a los discípulos. Vosotras podéis ser enviadas a fundar un nuevo monasterio o a reforzar un monasterio que está débil, pero normalmente permaneceréis donde estáis. ¿En qué sentido sois enviadas? Para Jesús ser enviado por el Padre no fue ir de un sitio para otro. Él no salió de viaje. Su verdadera existencia era desde el Padre. Vosotras sois misioneras tanto como los frailes, no yendo a parte alguna sino viviendo vuestras vidas desde Dios y para Dios. Como dijo Jordán a Diana, “tu papel en la quietud de tu casa y el mío en mi continuo ajetreo de mis viajes lo realizamos únicamente por su amor” . Vosotras sois una Palabra predicada en vuestro ser.

El séptimo modo de orar de Domingo era elevando “todo su cuerpo hacia el cielo en oración, como flecha en el arco apuntando al alto” . Vosotras apuntáis a Dios como una flecha, simplemente estando ahí, con ningún otro fin. Vosotras sois una palabra para vuestros hermanos, hermanas y laicos dominicos en vuestra vida, y una palabra para el lugar donde se encuentra el monasterio. Lo he visto muy claramente en lugares de sufrimiento, como Angola, Nicaragua, en los barrios de grandes ciudades como Karachi, o en el Bronx de Nueva York o en los suburbios de París. En tales lugares un monasterio es una Palabra que se hace carne y sangre, “llena de gracia y de verdad” (Jn 1, 18).

María Magdalena va a los apóstoles y les dice: “He visto al Señor”. Algunas de vosotras quizá estéis llamadas a predicar a través de los libros. Muchos de los teólogos más importantes han sido monjes y monjas, y esto sería algo especialmente apropiado para una monja dominica. El LCM 106 § II es explícito en que el trabajo de las monjas puede ser también intelectual.

También podéis ser enviadas a hacer nuevas fundaciones. Olmedo es una inspiración, con sus ocho fundaciones en cuatro continentes. La Orden está creciendo en muchas partes del mundo, sobre todo en Asia, y nosotros estamos incompletos sin vosotras. Algunas veces vosotras habéis ido antes que nosotros. Puede implicar gran coraje enviar monjas a fundar un nuevo monasterio, sobre todo porque son quienes dan más a sus comunidades las que serían capaces de tal aventura. Recordad el coraje de Domingo, que dispersó a los frailes tan pronto como se fundó la Orden, para que la semilla produjera fruto.

Compasión

La compasión es parte de vuestra misión, que perpetúa el carisma de Domingo “para con los pecadores, los pobres y los afligidos, llevándolos en el sagrario íntimo de su compasión” (LCM 35 § I). El Dios de Domingo es un Dios de misericordia. Compasión significa ir liberándose de esa dureza de corazón que se manifiesta en el juicio sobre los otros, despojarse de la armadura que mantiene a los demás a raya, aprender la vulnerabilidad ante el dolor y desorientación del otro, escuchar su grito de ayuda. Esto lo aprendemos ante todo en nuestras comunidades. ¿Nos atrevemos a conmovernos por el sufrimiento de la hermana que está a nuestro lado? ¿Osamos arriesgarnos a oír sus peticiones de ayuda a medio expresar? Si no, ¿cómo podemos encarnar la compasión de Domingo por el mundo?

Compasión es más que un sentimiento, es abrir los ojos para ver a Cristo entre nosotros todavía sufriente, como Las Casas vio a Cristo crucificado en los indios de La Española. Es una educación del corazón y de los ojos lo que nos hace estar atentos al Señor que está con nosotros en los agobiados y heridos. La compasión es, así, verdaderamente contemplativa, clarividencia. Como dice Borgman, “Conmoverse e impresionarse ante lo que sucede a la gente y lo que esto significa para ellos es un modo de percibir la presencia de Dios. Compasión es contemplación en el sentido dominicano” . Compasión contemplativa es aprender a mirar a los otros de manera desinteresada. De este modo está profundamente unida con la pasión por un mundo justo. El compromiso de la Orden con la justicia se queda con facilidad en ideológico si no nace de la compasión contemplativa. “Una sociedad que no entiende la contemplación no entenderá la justicia, porque habrá olvidado cómo mirar al otro desinteresadamente. Se refugiará en generalidades, prejuicios, clichés egoístas” .

La compasión nos lleva más allá de nuestras propias divisiones. El monasterio de Rweza en Burundi está rodeado por la guerra. Las hermanas proceden de diferentes grupos étnicos que están en lucha, y todas han perdido miembros de su familia. Cuando se las preguntó qué es lo que las mantenía unidas, dijeron que la unidad es un don de Dios que nunca podrían agradecer suficientemente. También dijeron que escuchan juntas las noticias por la radio, por más que sea doloroso. El compartir ese dolor las hace uno.

Por consiguiente, la compasión implica un conocimiento de las necesidades de la Orden y del mundo. He visto que en los monasterios florecientes hay a veces un deseo de saber de la Orden y de sus necesidades, lo mismo que Diana importunaba a Jordán pidiéndole noticias de sus misiones. “¿Para qué quieres que recemos?”. Existe una sed de entender lo que sucede en lugares de guerra, tales como Argelia o Ruanda.

Por eso el monasterio necesita tener acceso a la información y a un análisis real, más bien que a noticias que simplemente entretienen, para que podáis llevar a Dios las necesidades del mundo.

Oración

La compasión se desborda en oración. Los primeros frailes siempre estaban pidiendo a las monjas que rezasen por ellos porque tenían poco tiempo. Raimundo de Peñafort se quejaba a la priora de Bolonia de que estaba tan absorbido por los trabajos de la corte papal que “a duras penas soy capaz de alcanzar o, para ser del todo honrado, incluso de ver desde lejos la tranquilidad de la contemplación... Por eso es una gran alegría y un enorme consuelo saber que me siento ayudado por vuestras oraciones” . Jordán escribe a Diana: “Reza por mí con frecuencia y con fidelidad al Señor, pues lo necesito más que nunca a causa de mis muchos defectos, pues raramente rezo” .

Esto podría dar la impresión de que los frailes y las monjas están empeñados en dos actividades totalmente diferentes, los frailes en la predicación y las monjas en la oración, lo mismo que en una casa la esposa puede hacer la comida y luego dejar al marido que friegue los platos, ¡si tiene suerte! Pero en la predicación compartimos la palabra que se nos da. Por ello orar esa palabra es parte del acto de la predicación. No precede simplemente a la predicación, como el cocinar precede al fregado de los platos. Es parte de la venida de la Palabra, y por eso las monjas están muy íntimamente envueltas en el acto de la predicación. “La misión de las monjas consiste en buscarle en el silencio, pensar en Él e invocarlo, de tal manera que la palabra que sale de la boca de Dios no vuelva a él vacía, sino que prospere en aquellos a quienes ha sido enviada” (LCM Fund. I § 2). Para Jordán son las oraciones de Diana y de su comunidad las que hacen su predicación poderosa y las que atraen una riada de vocaciones.

Para Santo Tomás de Aquino la forma más típica de oración es la intercesión y la acción de gracias. Pedimos a Dios lo que necesitamos y le agradecemos cuando se nos concede. Esto puede sugerir un modo infantil de estar en el mundo, como si fuésemos incapaces de hacer nada por nosotros mismos. En realidad, es la madurez de los que comprenden que todo es gracia. En el mundo del consumismo, donde todo tiene un precio, pedir se considera un fracaso. Pero, si vivimos en el mundo real, creado por Dios, pedir lo que necesitamos es ser auténticos, es el reconocimiento de que Dios “es el autor de todos nuestros bienes” . Más aún, es contestando a nuestras oraciones como Dios a veces actúa en el mundo. Dios quiere que pidamos, para que él pueda darlo en respuesta. La oración no es forzar a Dios para que cambie de opinión. Pertenece a la amistad que Dios nos dé lo

que pedimos. Por tanto, con vuestras oraciones participáis en la acción de Dios en el mundo.

La celebración de la liturgia

Otro modo vuestro de oración es a través de la pública y bella celebración de la liturgia, como recomienda encarecidamente Venite Seorsum. En nuestra sociedad existe un hambre de Dios, pero a menudo un recelo de la doctrina. Sé por experiencia que, en el momento en que uno empieza a predicar, en algunas caras se ve que desconectan. Pero la belleza puede tocar los resortes más profundos de nuestro anhelo de Dios. La belleza nos atrapa sin esclavizarnos. Tiene su propia autoridad, que es más profunda que un argumento.

La liturgia dominicana debe ser alegre . Domingo cantaba con gozo. Jordán narra una historia sobre un valdense amargado llamada Pedro, que no simpatizaba mucho con los dominicos porque “los frailes eran demasiado alegres y contagiosos del buen humor.” . Él creía que los religiosos debían estar serios y tristes. Y a continuación soñó que estaba en un prado. “En él vio una multitud de Frailes Predicadores en círculo, con rostros risueños elevados hacia el cielo. Uno de ellos tenía el Cuerpo de Cristo en sus manos alzadas”. Se despertó “con el corazón lleno de alegría” y entró en la Orden. La alegría de la liturgia es parte de nuestra predicación de la Buena Nueva. Nunca olvidaré la alegría de las monjas de Nairobi, bailando en torno al altar con el evangelio. El gozo de la buena nueva era visible en su movimiento. ¡No pude menos de bailar yo también!

3. Comunidad

Todas las comunidades monásticas deben ser lugares de amor mutuo donde Dios pone su morada. “Gracias al amor recíproco que entraña, la vida fraterna es un espacio teologal” (Verbi Sponsa 6). Pero la tradición dominicana tiene una comprensión particular de la vida común. Vosotras hacéis también los votos en la Regla de San Agustín, teniendo presente que el fin para el que sois llamadas “es vivir unánimes en la casa y tener un solo corazón y una sola alma en Dios”. Jesús llamó a los apóstoles a estar con él antes de ser enviados a predicar. Para vosotras, también, la vida común es parte de vuestra predicación.

Comunidad y Amistad

La tradición dominicana de comunidad está profundamente marcada por cómo entendemos nuestra relación con Dios. En la Iglesia hay dos tradiciones principales. Una entiende nuestra relación con Dios en términos esponsales, el amor del Esposo y de la Esposa. La otra la ve en términos de

amistad. Ambas se encuentran en la Orden, pero nosotros hemos mantenido viva sobre todo la teología de amistad de Juan, que ha sido con frecuencia descuidada. Para Santo Tomás de Aquino, el corazón de la vida de Dios era la amistad del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo. En el Espíritu somos amigos de Dios. De ahí que rezar es hablar con Dios como con un amigo. Según Carranza, un dominico español del siglo XVI, la oración es “comunicar con Dios familiarmente... Es tratar con Dios todas sus cosas, altas y bajas, las del cielo y del suelo, las del alma y las del cuerpo, lo mucho y lo poco; y abrirle el corazón y derramárselo delante todo, sin que le quede nada dentro. Decirle sus trabajos, sus pecados, sus deseos, y todo lo demás que en el alma estuviere. Y descansar con Él, como descansa un amigo con otro de quien se fía” .

La tradición sponsalicia también se encuentra en la Orden, por ejemplo en Jordán de Sajonia, Catalina de Siena e Inés de Langeac. Pero para ellos este amor no es una relación privada con Dios, sino que se encarna en el amor a los hermanos y hermanas. “¿Cómo puedes amar a Dios a quien no ves, si no amas a tu hermano a quien ves?” (1 Jn 4,20). Jordán escribe a Diana: “El lazo con el que mi espíritu está unido con el tuyo y en el que siempre te tengo presente adondequiera que vaya es Cristo” . “Amémonos también nosotros mutuamente en Él, por Él y para Él” . Catalina dice de un modo tajante que su amor a Cristo Esposo es el mismo amor que tiene a sus amigos. El Señor le dice: “El amor a mí y el amor al prójimo son una e idéntica cosa” . Esto quiere decir que nuestra vida contemplativa debe tener los ojos abiertos a nuestras hermanas y hermanos. Cuando rezamos el Rosario, seguimos los misterios de la vida de Cristo, momentos de gozo, dolor y gloria. ¿Somos conscientes de los “misterios” de las vidas de los miembros de nuestra comunidad, que no son siempre gozosos y gloriosos?

Nuestra amistad con Dios se hace carne y sangre en la contextura de la vida de comunidad. Yo he visto el fruto de esto en la alegría de muchas recreaciones con vosotras. Sor Barbara de Herne escribió: “Es allí, en la recreación, donde las monjas expresan su alegría estando juntas, se ríen mucho, incluso hasta el punto de sorprender a los que están de retiro en la hospedería, que oyen estos signos de alborozo durante media hora más o menos todas las noches”. Estas monjas son las herederas de una larga tradición. Una vez que Domingo regresó tarde a San Sixto, levantó a las monjas de la cama para poder instruir las y luego relajarse con ellas con un vaso de vino. Él siguió animándolas a que bebieran más, “bibite satis” . Según mi experiencia, ¡son normalmente las monjas quienes dicen esto a los frailes! Esta alegría es hasta tal punto parte de nuestra tradición, que Jordán incluso interpreta la frase “entra en el gozo del Señor” como entrar

en la Orden, donde “vuestra tristeza se convertirá en gozo y vuestro gozo nadie os lo arrebatará” .

La amistad con los hermanos y hermanas ha sido una de las alegrías más grandes de mi vida, pero también puede ser difícil. Y el gozo y la dificultad tienen que ser todavía más intensos para vosotras, ya que probablemente viviréis toda vuestra vida con las mismas hermanas. Al menos si un fraile no me puede aguantar, puede esperar ser destinado un día a otro lugar. No tendrá que aguantarme hasta mi muerte. El Cardenal Hume me dijo que, siendo joven, un abad le dijo: “Basil, recuerda que cuando mueras habrá sin duda al menos un monje que quedará aliviado”. Por eso, para vosotras la vida en comunidad es una alegría especial y también un reto que es imposible sin misericordia y generosidad. Taulero dice que cuando un hermano es inaguantable, debes pensar para tus adentros: “Probablemente hoy tiene dolor de cabeza”. ¡A algunas hermanas parece que les duele la cabeza con mucha frecuencia!

Cuando profesamos, pedimos “la misericordia de Dios y la vuestra”. Ser dominico es prometer ofrecer y recibir esta misericordia. Cada día pedimos a Dios “que perdone nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. A cada una de las hermanas se le da el poder liberador de perdonar, una participación de la capacidad de Dios de hacer todo nuevo. Es la libertad de abrir las puertas de las prisiones que cada uno de nosotros construye, citarnos mutuamente desde la tumba a una vida nueva. Cada una de vosotras tiene un ministerio de reconciliación en la comunidad. Cada una de vosotras puede decir una palabra que sana.

Clausura

Esta idea de amistad puede ayudarnos a una comprensión dominicana de la clausura. Hay intensas discusiones sobre la clausura en algunos monasterios: ¿Cuántas veces debe permitirse a las monjas salir del monasterio y por qué motivos? No voy a entrar en estas cuestiones. En primer lugar, hacerlo podría ser causa de división, y el Maestro de la Orden debe ante todo preocuparse por la unidad. En segundo lugar, sólo puede haber consenso en estas cuestiones prácticas si antes tenemos clara la naturaleza de la clausura. Verbi Sponsa dice que “es un modo particular de estar con el Señor” (3). Tiene que ver con construir una casa con Dios, más que a base de reglas. Se trata del amor más que de la ley. No es tanto una fuga del mundo malvado cuanto un espacio en que aprendamos a no huir de la amistad con Dios ni unas de otras ni, incluso, de nosotras mismas. Lo que importa no es la clausura como una exclusión del mundo, sino lo que contiene, una vida con Dios, como un vaso se llena de vino.

Al principio, los monasterios eran literalmente casas para los frailes. Prulla y más tarde San Sixto eran las casas de los frailes, desde donde salían a predicar. Al aumentar el número de frailes, esto ya no pudo seguir así. Sin duda los frailes arruinaban la paz del monasterio, volviendo tarde por la noche y pidiendo comida, discutiendo unos con otros ¡cuando las hermanas suspiraban por el silencio! Cada uno de nosotros necesitó sus propias casas. Pero los monasterios siguieron siendo casas para los frailes en un sentido más profundo. Para Jordán de Sajonia, el monasterio de Bolonia era la casa de su corazón, aun cuando rara vez estuviera allí. Él escribe a Diana: “¿Es que no soy tuyo, y no estoy siempre con vosotras, tuyo en el trabajo y en el descanso; tuyo estando presente o cuando me encuentro lejos?”. El monasterio es un hogar porque es un lugar donde las monjas viven con Dios (LCM 36), y por eso es allí donde los demás pueden vislumbrar la casa verdadera que todos buscamos, donde descansaremos en Dios, nuestro Sabbath eterno. Por esta razón los monasterios están tan a menudo en el corazón de la Familia Dominicana. Con frecuencia la Familia Dominicana se siente atraída hacia el monasterio porque es un lugar donde todos estamos en casa. Por esta razón, la acogida de huéspedes en un monasterio, con prudencia y sin disturbar el ritmo de vuestra vida, puede ser una forma de compartir el fruto de vuestra clausura.

“Es tremendo caer en manos del Dios vivo” (Heb 10, 31). Puede ser duro vivir con Dios. Nos encontramos a nosotros mismos en el desierto, velando en Getsemaní y con la mirada en el Gólgota. A veces la contemplativa debe vivir en la oscuridad pero, como dice “La nube del no-saber”: “Aprende a estar en casa en esta oscuridad”. La tentación es escapar de Dios y refugiarse en las pequeñas satisfacciones, y en los pequeños deseos. Podemos tener la tentación de llenar nuestra vida con pequeños proyectos, distracciones, y chismes, habladurías, simplemente para llenar el vacío. Debemos dejar ahí ese vacío para que Dios lo llene. El monasterio es un hogar no porque hayáis huido del mundo, sino porque os arriesgáis a no escapar de Dios. Atreverse a permanecer en la oscuridad y hacer de la noche un hogar, sin miedo. Como escribió el poeta inglés D H Lawrence: “Es terrible caer en las manos del Dios viviente, pero es todavía más terrible caer de ellas”.

También podemos ser tentados de escapar de nuestros hermanos y hermanas, y evitar el reto de construir un hogar de amor en el que Dios pueda morar. Sobre todo podemos tener la tentación de huir de nosotros mismos. En el monasterio no hay ningún escondrijo. Aquí aprendemos, en palabras de Catalina, a “encerrarnos en la casa del conocimiento de sí” (Diálogo 73), contemplándose sin temor “en el espejo dulce” de Dios, y conociéndose como amado. Cuando estemos en casa con nosotros mismos, entonces estaremos en casa con Dios.

Se necesitan normas claras sobre la clausura, pero si suponen una fuente de conflicto y división, en ese caso destruyen el fin último de la clausura, que es encontrar un hogar en el infinito amor y misericordia de Dios. Es vital que esa discusión sobre la clausura se realice con caridad y búsqueda de la mutua comprensión. Si provoca enojo e intolerancia, socavaremos la clausura más a fondo que si las monjas se escabulleran del monasterio todos los días.

Por más que la clausura pueda parecerse pequeña, el habitar con Dios descubre un espacio inmenso, el de “la anchura, altura y profundidad de la caridad de Dios” (cf. LCM 36). Sor Margaret Ebner dice cómo, cuando recibía la Eucaristía, a veces “mi corazón estaba tan lleno que no podía abarcarlo. Pensaba que era tan ancho como el mundo entero” . Esta “expansión del corazón” (latitudinem cordis), de que habla Santo Tomás, nos abre a la inmensidad de Dios. Si habitamos con el Señor él nos llevará a espacios amplios incluso en una pequeña clausura. Si la clausura se vive bien, entonces su fruto es la magnanimidad, la largueza de corazón, en lo cual queda superada toda pequeñez.

Gobierno

La espiritualidad dominicana de amistad halla su expresión sobre todo en nuestro sistema de gobierno, que se funda en la dignidad de cada hermana y en la igualdad de todas. El gobierno no es la tarea de unas pocas hermanas, sino el modo de que todas participen en la responsabilidad de la vida de la comunidad.

En el corazón de un buen gobierno está la obediencia, “no como esclavas bajo la ley, sino como libres por la gracia” (cf. LCM Fund. VI). Como escribió Fr. Damian Byrne en una carta a la Federación Mexicana, “La palabra obediencia quiere decir escuchar. En la tradición dominicana tenéis que escuchar en vuestros monasterios a la Priora, al Consejo y al Capítulo. Cada uno tiene su propia autoridad que debe tener en cuenta otras autoridades legítimas. Ninguna autoridad puede dominar por su cuenta, a sus anchas” . Así que los monasterios florecerán y serán felices si las monjas se escuchan unas a otras. Es en el Capítulo, sobre todo, donde se cumple esta escucha mutua. “Para que la vida contemplativa y la comunión fraterna produzcan frutos más abundantes, es muy importante la participación unánime de todas las monjas en el régimen de la vida del monasterio: ‘El bien aprobado comunitariamente es promovido con rapidez y facilidad’ (Humberto de Romanis)” (LCM 7).

En mi experiencia con los frailes, los Capítulos son dadores de vida cuando tenemos la confianza para hablar y la confianza para escuchar.

Hablar en el Capítulo puede ser espantoso. Yo tardé casi un año en abrir la boca, y solía escribir lo que quería decir en un trozo de papel y examinarlo varias veces antes de atreverme a decir una palabra. ¡Para entonces normalmente ya era demasiado tarde! El superior tiene el cometido de construir la comunidad animando a todos a hablar, sobre todo a los que dudan o no están de acuerdo con la mayoría. Desacuerdo no significa deslealtad o desunión.

Necesitamos también la confianza para escuchar sin miedo. Escuchar es un fruto de aquel silencio en el que abrimos nuestros oídos a Dios. La vida contemplativa debe ser una formación en la escucha. Una monja polaca me dijo: “Hoy todos hablan, pero ninguno escucha. Nosotras, monjas, estamos aquí para escuchar”. El fruto de escuchar a Dios en silencio debe ser una atención a lo que las hermanas dicen realmente, no a lo que se teme que puedan decir o se espera que digan. La escucha verdadera sólo es posible si una está en paz. A menudo cuando una hermana intenta plantear una duda o cuestión, no hallará las palabras adecuadas. Titubeará y parecerá confusa y estridente, y sería fácil hundirla o rechazarla. Pero si escuchamos con atención y con inteligencia, recogeremos la brizna de verdad que tiene que compartir. Esto significa dar siempre la mejor interpretación a lo que ella dice, escuchando con oídos caritativos. El conjunto de la Summa Theologica se basa en el principio de tomar en serio las objeciones. La búsqueda de consenso puede que lleve tiempo. Si la comunidad no alcanza un consenso, en ese caso una minoría aceptará más fácilmente la decisión final si sabe que ha sido escuchada.

Puede ser temible discutir los problemas reales. No podemos estar seguros de adónde nos va a llevar la discusión. Pero el temor es el enemigo más grande de la vida religiosa. Si tenemos confianza en el Señor, las aguas del caos no nos inundarán. Si nos dejamos regir por el miedo, la comunidad no ha construido un hogar en Dios que es una roca. Antes que cualquier otra cosa la función del superior es llevar a la comunidad a que supere el miedo.

Normalmente las comunidades están sin miedo cuando las instituciones de gobierno – el Capítulo, el Consejo y la Priora – se ayudan mutuamente en vez de estar en competencia. La Priora es la guardiana de la dignidad y voz de cada miembro de la comunidad. Pero la Priora debe recibir también el apoyo de toda la comunidad. Como escribió Damian con su acostumbrada sabiduría: “Es necesario aceptar que existen quejas pertinaces y miembros destructivos en las comunidades. Una priora necesita la ayuda de la comunidad para permitir a estas hermanas que se vean a sí mismas como son y no permitirles que dañen la comunidad. Y hago una pregunta: la misericordia y consideración que debemos hacer

extensivas a cada una, ¿no debemos extenderlas sobre todo a nuestros superiores? . El debate libre es distinto de estar en la oposición. Si somos verdaderamente una comunidad, entonces incluso aunque no votásemos al superior, nosotros lo votamos. Si soy verdaderamente un fraile o una hermana de una comunidad, tengo que aceptar ese voto como mío propio.

Un monasterio dominicano no tiene abadesa, sino priora, que es prima inter pares. Esto expresa la amistad entre iguales que es nuestra vida. Si la comunidad es fuerte, la transición a una nueva priora no debería ser un trauma. Las postulaciones tendrían que ser raras. Pero si la priora ha reunido a su alrededor un grupo de monjas de parecida mentalidad, que dominan la comunidad, entonces la elección será o una continuación de la dinastía o un coup d'état. Una superiora necesita el coraje de tomar las decisiones que le corresponden a ella como tal, y al mismo tiempo asegurar a toda la comunidad que la transición a su sucesora no es dolorosa.

4. La Búsqueda de la Verdad

Vosotras sois monjas de la Orden que tiene como lema Veritas. Los dominicos siempre han sido conocidos por nuestra pasión por el estudio. Algunas monjas han compartido conmigo que este es un elemento de la vida dominicana del que se sienten distantes, ya porque nunca han estudiado ya porque se sienten incapaces de hacerlo. Y es tentador pensar que son los frailes quienes estudian y las monjas quienes rezan; son los frailes quienes hablan y las monjas quienes escuchan. Esto es entender mal la naturaleza de nuestro compromiso con la Verdad. Hay un modo de estar en el mundo con verdad. Cada uno de nosotros está llamado a él, sin mirar si tiene aptitudes o no para el estudio académico.

Vivir en la verdad

Veritas nos convoca a ser hombres y mujeres que viven en verdad, hablan en verdad y escuchan con atención. A veces la comunicación en comunidades religiosas puede llegar a deformarse. La insinuación, la indirecta y la sospecha pueden enturbiar la claridad de nuestras conversaciones. El temor o una falta de confianza nos hace recurrir a indirectas, ligeros codazos o guiños. Pertenece a nuestra vida dominicana atrevernos a hablar con franqueza, con discreción y sensibilidad y respeto. Esto no tiene nada que ver con ser un erudito. Es buscar vivir con la claridad de Domingo. “El que obra la verdad viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas, pues están hechas en Dios” (Jn 3, 21). Tener esa claridad significa ver lo que es central y esencial y no estar distraído por detalles.

Fr. Simon Tugwell OP escribió que “es, en efecto, muy típico de la espiritualidad dominicana mirar a Dios, no primeramente como el objeto de nuestra atención, sino más bien como el sujeto esencial, con el que estamos unidos como co-sujetos, colaboradores con él (1 Cor 3, 9) en su obra de redención” . Lo que quiere decir que, como amigos de Dios, no miramos tanto a Dios cuanto con él. Somos invitados a ver el mundo a través de los ojos de Dios, y esto es ver su bondad. Eckhart escribe: “Dios goza en sí mismo. Su propia fruición es tal que incluye el goce de todas las creaturas” . Ver con los ojos de Dios es compartir su placer en todo lo que Dios ha hecho, ¡incluyendo a nuestros hermanos y hermanas! Thomas Merton nos dice cómo, después de siete años de vida en un monasterio, hubo de salir para ir al dentista y vio el mundo de modo diferente: “Me preguntaba cómo reaccionaría al encontrarme otra vez, cara a cara, con el mundo perverso. Quizá las cosas de las que yo estaba resentido contra el mundo cuando lo abandoné eran mis propios defectos que había proyectado sobre él. Ahora, por el contrario, encontré que todo me conmovió con un profundo y silencioso sentido de compasión... Paseé por la ciudad, dándome cuenta por primera vez en mi vida de lo buena que es la gente en el mundo y de los muchos valores que tiene a los ojos de Dios” . Viendo con Dios, llegamos a compartir el amor de Dios. Si aprendemos ese modo verdadero de estar en el mundo, podemos hacer frente a todo con alegría: a nuestros fracasos, nuestro ser mortal, el verdadero estado del monasterio, nuestros temores y esperanzas. Podemos estar alegres incluso en la oscuridad.

El Estudio de la Palabra de Dios

El LCM 101 § II dice que las monjas tienen que estudiar principalmente la Palabra de Dios. Esta no es una actividad árida, aburrida. Jordán dice a Diana: “Esta Palabra léela en tu corazón, rúmiala en tu mente y que ella ponga tu boca dulce como la miel. Piensa y repiensa esta Palabra. Que permanezca en ti y habite siempre contigo” . Para que la Palabra toque y cambie todo lo que somos, debemos llevar a ella cualquier aspecto de nuestra humanidad: nuestra inteligencia, nuestras emociones, nuestro sentido de belleza, nuestra experiencia, nuestras dificultades y esperanzas.

Todas las semanas en el Consejo Generalicio leemos juntos la Palabra de Dios. Algunos de nosotros llevarán un análisis del texto original, otros compartirán cómo los impresiona o ilumina alguna experiencia reciente, o los provoca o los deja perplejos. Todas estas son formas válidas de leer la Palabra, y las necesitamos todas. Esa es la razón por la que es bueno que juntos la reflexionemos, y dejar que transforme nuestras vidas comunitarias. Cada monja puede que tenga sus propias intuiciones que ofrecer. El Señor dice a Catalina: “Bien pude dotar al hombre de todo lo

que necesitaba, pero preferí dar los dones de modo diferente a criaturas distintas, para que unos tuvieran necesidad de los otros” . Esto es cierto sobre todo en la comprensión de la Palabra de Dios.

El estudio exegético de la Escritura puede ser duro al principio. Puede que temamos leer lo que dicen los eruditos, por si nuestras más profundas convicciones quedan agitadas. Cuando uno empieza a estudiar, debe pasar por la experiencia alarmante de descubrir que nunca antes habíamos entendido el texto. Pero esto es nuestra humildad ante la presencia de la Palabra. No la poseemos en exclusiva; por el contrario, nos invita a ponernos en camino sin saber adónde. Debemos arriesgarnos a ser como María, que oye el mensaje del ángel, y que “se turbó sobremanera ante estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquel” (Lc 1, 29). Debemos aprender a ser sorprendidos por la Palabra, que siempre significa más de lo que hayamos podido nunca imaginar. Por esta razón es bueno que en cada comunidad haya monjas que hagan un estudio serio de la Escritura, si es posible en las lenguas originales. ¡Confieso que mis diversos intentos por aprender hebreo fueron un desastre!

En toda comunidad claustral acecha el pavor del aburrimiento, al vivir en el mismo lugar, con la misma gente, escuchando las mismas bromas y comiendo la misma comida. Pero la Palabra es siempre nueva y fresca con la eterna juventud de Dios. Periódicamente necesitamos reconquistar el entusiasmo de los discípulos en su regreso a Emaús: “¿No ardían nuestros corazones cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Luc 24, 32). El estudio de la Biblia renueva nuestra capacidad de asombro.

El Estudio de la teología

Durante mis visitas a los monasterios pregunto a menudo a las monjas qué teología les gusta estudiar. Normalmente hay un silencio y rápidamente se cambia de tema. Corrientemente la teología se ve como académica e incomprensible. El LCM 101 § III exhorta a las monjas a estudiar a Santo Tomás, pero sospecho que con frecuencia la Suma acumula polvo en los estantes de la biblioteca. Uno podría estar tentado a pensar que los frailes estudian teología, y que las monjas estudian espiritualidad. Esta es una oposición moderna, que habría sido incomprensible para Domingo y Catalina. La teología no es solamente una disciplina académica. Pertenece a nuestra búsqueda de nuestro Señor en el huerto, a nuestra ansia de un significado, a nuestro ingreso en el misterio de amor. A través de este conocimiento nos aproximamos a uno a quien Santa Catalina llamaba la prima dolce verità, la dulce verdad primera. Uno de los modos de orar de Domingo era estudiar un libro, y discutir con él, estar en

desacuerdo, asentir con la cabeza, exclamar. Y cuando Tomás estaba escribiendo la Suma, a veces despedía a los secretarios y se postraba en el suelo y rezaba hasta terminar de comprenderlo. Teología y espiritualidad son inseparables.

Muchos escritos teológicos son profundamente aburridos, pero esto puede ser porque es mala teología. Necesitamos introducirnos en la Summa como lo que es, un trabajo contemplativo que habla de nuestro peregrinar hacia Dios y a la felicidad. Su doctrina nos libera de las trampas que podrían retenernos de la peregrinación. Por eso mucha gente está atrapada en concepciones idólatras de Dios, como una persona poderosa e invisible, que controla todo lo que sucede, y nos deja en perpetua inmadurez. De ahí que mucho enojo en las comunidades religiosas proviene del resentimiento por esta imagen de Dios, que es un ídolo. Pero Tomás desmiente este punto de vista en la Prima Pars, abre la puerta de esta prisión espiritual y nos pone en camino hacia el misterio de Dios, que es como la fuente eterna de libertad en el centro de nuestro ser. A veces la gente queda atrapada en una visión pequeña de la santidad, como la obediencia a unas reglas. Pero en la Secunda Pars Tomás nos muestra que el camino a la santidad consiste en el crecimiento de las virtudes, a través del cual nos hacemos fuertes y compartimos la propia libertad de Dios. Ahora bien, a veces la gente se queda atrapada en una visión de la religión como magia. Pero en la Tertia Pars Tomás nos muestra cómo en la Encarnación y los sacramentos Dios abraza y transforma el conjunto de nuestra humanidad. La prueba de una buena teología es que se desborda en alabanza y adoración y felicidad y verdadera libertad interior. Existe poca teología así de buena. Quizá algunas monjas estén llamadas a poder escribir todo esto. “Se espera mucho del genio de la mujer también en el campo de la reflexión teológica, cultural y espiritual, no sólo en lo que se refiere a lo específico de la vida consagrada femenina, sino también en la inteligencia de la fe en todas sus manifestaciones” (Vita Consecrata 58).

Formación para la Veritas

Se sigue que una parte esencial de la formación de una monja dominica está en el estudio de la Escritura y de la teología. No se trata de un mero añadido, como aprender a coser o a cocinar. Pertenece al crecimiento en el amor, porque “al conocimiento sigue el amor. Y amando, el alma procura ir en pos de la verdad y revestirse de ella” .

El estudio de la teología debe producir felicidad. Aprendemos las grandes cosas que Dios ha hecho por nosotros. Tomás dijo: “Quienes se dedican a la contemplación de la verdad son los más felices que se puede ser en esta vida” . Y para él la contemplación significa en gran medida el

estudio. Aprendemos a amar la Palabra de Dios, y a ser “alimentados por su dulzura” (dulcedo) , como dijo Alberto. Como iniciación en toda felicidad profunda, más que un mero entretenimiento, tendrá momentos de tedio, cuando nos sentimos incapaces de permanecer en nuestras celdas. Debemos aprender la confianza, la confianza en pensar, en cuestionar, en buscar. Para Tomás, el maestro debe sobre todo enseñar al alumno a pensar por sí mismo, a hacer efectivo su potencial cognoscitivo. Esto quiere decir que, cuando aprendemos a estudiar, no tenemos que tener miedo a cometer fallos. Los formadores no deben mirar a sus estudiantes con recelo. Debemos arriesgarnos a someter a prueba ideas, y no preocuparnos si lo hacemos mal al principio. Naturalmente, la ortodoxia es querida para los dominicos, pero si creemos en la enseñanza de la Iglesia de que el Espíritu Santo ha sido derramado en nuestros corazones, no quedaremos fácilmente atascados en el error.

Las monjas necesitan las herramientas para estudiar: una buena biblioteca, revistas y tiempo. Muchos monasterios son pobres y comprar libros es un auténtico sacrificio. Pero no podemos privar a las monjas de libros más que de la comida. Internet ofrece la posibilidad de seguir una formación teológica sin salir incluso del monasterio. La comunidad necesita crear dentro del ritmo de su vida tiempos de estudio. Chalais en Francia tiene un calendario anual que incluye tiempos para estudio intenso, para silencio, y para recreación. Nosotros, frailes, debemos responder también a las necesidades de las hermanas en formación. Cuando Santo Domingo regresó a San Sixto, exhausto después de un día de predicación, tenía que enseñar a las monjas, “porque no tenían otro maestro que lo pudiera hacer” . El florecimiento de los monasterios dominicanos renanos en el siglo XIV se debió en parte a que Herman de Minden, provincial de Teutonia, envió algunos de sus mejores teólogos a enseñar a las monjas.

Los monasterios necesitan hermanas que hayan recibido una profunda formación teológica y bíblica, para que ellas puedan enseñar a las jóvenes. Esto es verdad sobre todo hoy, cuando muchas monjas llegan a nosotros desde la universidad. Ellas necesitan una formación teológica que ensanche su mente y dé respuesta a sus preguntas. En teoría cada monasterio debería ser capaz de ofrecer una formación completa, pero si no es así, entonces es esencial la colaboración entre los monasterios, sobre todo cuando existen federaciones. Algunas veces existe el temor de que, si las jóvenes estudian en otro monasterio, pueden perder su unión con la comunidad de origen, y pedir la transfiliación. Esto rara vez sucede, y no puede ser una excusa para no dar a una hermana una formación dominicana plena y auténtica. Si las jóvenes están bien formadas, la comunidad entera será al fin renovada. La casa de formación de la Federación de monasterios

en México es un maravilloso ejemplo de cómo una federación puede ayudar a cada monasterio a crecer con más vitalidad.

5. La unidad de la Orden

Sois monjas de la Orden de Predicadores y formáis parte de la gran familia de Domingo. Cada monasterio tiene vida en sí mismo, y sin embargo está en contacto con otros monasterios, a veces perteneciendo a una federación. Vosotras sois con frecuencia un centro de vida para la Familia Dominicana. Hacéis vuestros votos al Maestro de la Orden. ¿Qué significa para un monasterio preocuparse de su propia vida y al mismo tiempo pertenecer a la Orden?

Un servicio de Unidad

Domingo deseó que su Orden fuera una. La Orden siempre ha luchado para conservar su unidad. Cuando otras Órdenes se escindieron nosotros nos mantuvimos unidos, ¡pero a veces por los pelos! Esto se debe a que nuestra unidad pertenece a nuestra predicación del evangelio. Nosotros predicamos el Reino de Dios, en el que toda la humanidad será reconciliada en Cristo. Nuestras palabras tienen autoridad si estamos unidos nosotros mismos. La Orden tiene un cometido importante que desempeñar en una Iglesia que a veces se desgarrá entre ideologías diferentes y competitivas. También los conflictos políticos, las tensiones étnicas e incluso la guerra dividen nuestros países. Debemos encarnar esa paz que predicamos.

Cada monasterio en sí mismo encarna esta unidad, “que alcanza su plenitud más allá de los límites del monasterio en comunión con la Orden y con toda la Iglesia” (LCM 2, § 1). Y por esta razón vosotras, como monjas dominicas, os preocupáis de la unidad de la Orden entera. A través de vuestras oraciones y de todo lo que decís y hacéis, tenéis una responsabilidad de promover esta unidad y paz. Las contemplativas deben hacerlo de manera especial porque la cercanía al misterio de Dios nos proyecta más allá de toda división, y más allá de todas las pretensiones de cualquier grupo que se arrogue sabiduría y conocimiento absolutos.

La naturaleza de la autonomía

Cada monasterio es autónomo. Esto pertenece a la naturaleza de vuestras vidas, como comunidades monásticas. Es una autonomía de la que con razón os complacéis. ¿Cuál es su significado? Literalmente quiere decir que cada comunidad se autogobierna y es responsable de su propia vida. Cada monasterio tiene la responsabilidad de construir una comunidad que sea signo del Reino, donde haya amor mutuo y una acogida al Señor. La

autonomía es vuestra libre responsabilidad de vuestras vidas contemplativas, más que aislamiento.

En la cultura contemporánea occidental, hay una tendencia a ver la autonomía como sinónimo de separación. Un individuo se siente libre en la medida en que él o ella esté libre de injerencia del exterior. Pero la enseñanza católica de lo que significa ser persona humana ofrece otro modelo, que es en la comunión de unos con otros donde encontramos la verdadera libertad y autonomía. Autonomía no significa ser autosuficiente. Por esta razón la Iglesia favorece las federaciones de monasterios, porque la colaboración mutua de las federaciones puede ayudar a los monasterios particulares a “custodiar y promover los valores de la vida contemplativa” (Verbi Sponsa 27). La colaboración puede ayudar al monasterio a ser libre y a ser responsable de su propia vida. Frecuentemente he visitado monasterios donde las monjas están sobrecargadas en la atención a las enfermas, en la cocina, procurando algunos ingresos, cuidando del edificio. No hay tiempo para la oración. Una comunidad así puede tener independencia total, pero ha perdido su verdadera autonomía, su libertad y la responsabilidad de su propia vida. Cuando los monasterios se ayudan unos a otros en la formación, en el cuidado de las enfermas como en Dax (Francia), o económicamente, entonces no pierden su autonomía, sino que la ganan en un sentido más profundo. A veces esta ayuda mutua será costosa y supondrá sacrificio. Son las monjas que más se necesitan en el monasterio las que podrían ofrecer esta ayuda a otra comunidad.

Puede llegar el tiempo en que un monasterio debe enfrentarse con la posibilidad del cierre . Si sucede esto, no hay ninguna necesidad de que las monjas se sientan culpables o fracasadas. Puede ser que el monasterio haya cumplido la misión para la que fue fundado. Como dominicas, es bueno que seamos capaces de encarar la posible supresión con claridad. A veces me han dicho que el monasterio podría sobrevivir con tal que vinieran una o dos vocaciones. ¿No sería posible buscar vocaciones de otro país? La determinación de sobrevivir puede llevar a aceptar vocaciones que no sean adecuadas. En cambio, para nosotros, que predicamos la muerte y resurrección de Cristo, la supervivencia no es un valor absoluto. Si confiamos en nuestro Padre que resucitó a Jesús de entre los muertos, podemos afrontar la muerte, la nuestra o la de nuestra comunidad, con esperanza y alegría. Siendo provincial de Inglaterra, tuve que ir a Carisbrooke a llevar a las últimas cuatro monjas a su nueva casa. La monja más anciana, de noventa y tantos años, parecía cambiar de opinión en el último minuto, pero al final marcharon todas. La gente del lugar vino a despedirlas, cantando y llorando. Esta marcha fue acaso la predicación del evangelio más elocuente que las monjas hubieran hecho nunca. Si el

monasterio es en verdad un lugar donde hacéis un hogar con Dios, salir de él no os hace personas sin casa ni hogar.

En una región o en una federación donde haya muchos monasterios y pocas vocaciones, es estupendo que las monjas se atrevan a pensar juntas sobre su futuro. ¿Deberían todos los monasterios buscar vocaciones, o las candidatas a la Orden ser enviadas sencillamente a los monasterios que tengan real posibilidad de florecer? Esto no es quitar el derecho de cualquier monasterio de tomar decisiones sobre su propia vida y de aceptar vocaciones. Se trata más bien de una invitación, en tiempos difíciles, a buscar lo que es más importante que la supervivencia de un monasterio concreto, como es el florecimiento de la vida contemplativa dominicana en la región.

Las visitas canónicas son fundamentales en nuestra tradición. A veces se miran con aprensión por los monasterios, porque pueden considerarse como injerencia desde el exterior. El beato Jacinto Cormier dijo que el objetivo de una visita canónica es animar y animar y animar. Se centrará sobre todo en “el régimen interno del monasterio” (LCM 227 § III, cf. 228 § III) y, por consiguiente, en ayudar al monasterio a ser efectivamente responsable de su propia vida y a ser libre para afrontar sus retos. Una visita canónica, por tanto, debe ayudar a un monasterio a ser autónomo en el verdadero sentido de la palabra. El LCM sugiere que debería haber una visita canónica “al menos cada dos años” (227 § III).

Algunos monasterios siguen expresando una preocupación por la Comisión Internacional de Monjas, establecida por el Capítulo general de Oakland de 1989. No es un cuerpo jurídico que tenga poder alguno para tomar decisiones o para ser intermediario entre el Maestro y los monasterios. Es un “grupo de reflexión” que asesora al Maestro, como muchas otras Comisiones de la Orden, la de la Vida Intelectual, la de Justicia y Paz, y la de la Misión de la Orden. Está para promover la vida monástica y sobre todo para ayudar a los monasterios que están aislados. Y lo ha hecho bien. Su mandato termina en los próximos meses, y os agradecería que escribierais a mi sucesor o al Capítulo General si tenéis algunas sugerencias sobre su futuro. ¿Cómo podría esa Comisión ayudar al Maestro en la promoción de una auténtica vida dominicana en toda su belleza e importancia?

Relaciones con los frailes

Los frailes y las monjas comparten una larga historia. Nuestra amistad ha estado en el corazón de la vida de la Orden durante casi ochocientos años. No siempre ha sido fácil. En los primeros años los frailes

querían con frecuencia escapar de cualquier responsabilidad para con los monasterios, y a veces incluso no tomaban en serio esa responsabilidad. ¡Las monjas seguramente han querido escapar más de una vez de la interferencia de los frailes! Pero, como en un viejo matrimonio, que ha compartido tanto en la vida, podemos confiar en que nada va a destruir la unión. Como dominicos, la verdad y la transparencia deben marcar nuestra relación. Por encima de todo debemos tener confianza mutua, y sin recelo. Jordán escribió al provincial de Lombardía que se había “alarmado y asustado por el ruido de hojarasca”, cuando fue disturbado por rumores de que el Capítulo General había tomado decisiones contra el monasterio de Bolonia. Todavía existen de vez en cuando momentos de pánico por “meros ruidos de hojarasca”, sospechas sobre la función de la Comisión Internacional, rumores sobre cuáles son las intenciones del Capítulo General. Debemos tener confianza y no tener miedo. Cuando hay incertidumbre, no tengáis recelos, dad la mejor interpretación a lo que oís, y pedid aclaración. Con transparencia y confianza podemos construir la unidad de la Orden.

Las vidas de los monasterios pueden complicarse por la cantidad de hombres que pueden reclamar alguna autoridad sobre vosotras. Algunas de vosotras tenéis capellanes, asistentes, vicarios, provinciales y obispos; también está el Maestro de la Orden y la Santa Sede. Todos ellos deberían estar ahí para fortaleceros y no para interferir en vuestras vidas y controlaros. Sobre todo vuestra relación con los frailes debe ser de fortalecimiento recíproco. El servicio de los frailes debe ser el de apoyaros en vuestra propia responsabilidad sobre vuestras vidas. Muchos frailes han salido fortalecidos por su contacto con los monasterios, al ser renovados en ese silencio de donde brota la palabra predicada.

Conclusión

“No se puede ocultar una ciudad asentada sobre un monte” (Mt 5, 14). Esta frase evoca muchos monasterios situados en la cima de una colina: Chalais, Orbey, Los Teques cerca de Caracas, Rweza, Drogheda, Vilnius, Perugia, Santorini y otros. Pero ya se encuentre el monasterio situado encima de un monte o en las llanuras, en una selva o en una ciudad, si vivís vuestra vida con alegría, su luz no puede quedar oculta. Como escribió el papa Juan Pablo II, esta vida consagrada existe “para que no falte a este mundo un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana”. Tened confianza en vuestro modo monástico de vida. Es un regalo de Dios.

Por Navidad de 1229, Jordán escribió a Diana para celebrar el nacimiento de “una palabra abreviada y acurrucada en el pesebre” nacida

para nosotros. Le envía también otra palabra: “pequeña y breve, mi amor”. Por desgracia, esta Carta no es pequeña ni breve, pero expresa mi amor y gratitud por vuestro lugar en el corazón de la Orden. Rogad por toda la Familia Dominicana, que está encomendada a vuestra solicitud. Rogad por Fr. Viktor Hoffstetter, el anterior Promotor de las monjas, a quien muchas de vosotras apreciáis, y por su sucesor, Fr. Manuel Merten, a quien llegaréis a querer. Pedid por mí y también por mi sucesor.